

Perfil de un ataque

quedaba prácticamente cubierto por las guardias.

Los kabileños entrantes se reunían en las plazas de armas, lugares amplios, despejados y fuera de las vistas de la plaza. De allí, a través de las trincheras, se distribuían por los distintos ataques.

Según Santillana, en Melilla nadie recordaba que una kabila hubiese faltado jamás al servicio de guardia.

Los cabos eran, al mismo tiempo que jefes natos, recaudadores de los impuestos con los que, en especie, debían contribuir las kabilas para la subsistencia de las guardias respectivas, así como del dinero necesario para la adquisición de munición de guerra, ambos conceptos administrados por aquellos. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones era el propio combatiente quien subvenía a sus necesidades.

El cuartel general se hallaba en lo que quedaba del antiguo fuerte español de Santiago, muy reformado por añadidos posteriores, que si bien dominaba casi todo el campo, a su vez era un objetivo muy visible para la artillería de la plaza, lo mismo que la mezquita cercana, ambos dañados en ocasiones por los proyectiles cristianos. El propio cuartel servía de comedor general a la hora del condumio. Al establecerse los nuevos límites de Melilla el cuartel general pasó a las cercanías de la alcazaba de Farhana.

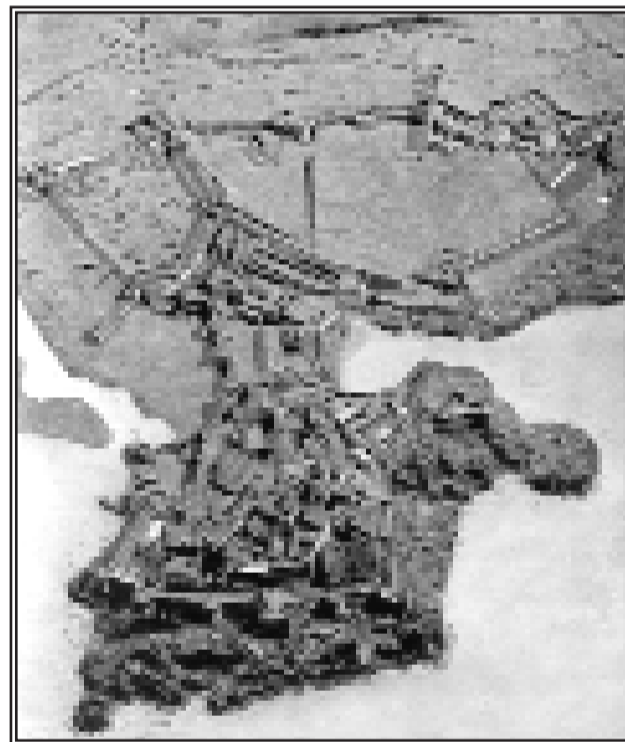
La habitual regularidad y puntualidad en el orden de los relevos y en los horarios de aquellos tenía también grandes ventajas para la guarnición española. El relevo se hacía a las 10 de la mañana, aunque no siempre de forma simultánea, iniciándose a veces durante la noche anterior conforme al mayor o menor entusiasmo de los vigilantes. Sabiendo de antemano que cabila entraba de guardia, Melilla conocía aproximadamente lo que podían esperar durante los tres días que duraba aquella, pues no todas las kabilas eran igual de agresivas. Las más temibles era las más cercanas Mazuza y Beni Sicar, no solo por supuestos o reales agravios pendientes con la plaza, sino también por su mayor conocimiento de caminos y veredas por donde llegar hasta los propios fosos. Ciertamente, en caso de operaciones militares, ambas kabilas, por su cercanía, resultaban ser las más perjudicadas. Además, los confidentes eran siempre de estas dos kabilas y, como todo el mundo en Melilla sabía, actuaban como agentes dobles, facilitando a sus hermanos toda la información sensible que sirviera de apoyo a sus agresiones, como estado de la plaza, guarnición existente, medios recibidos de la península e incluso los materiales aportados para reparación y mantenimiento. Las kabilas de Beni Sidel, Beni Bu Gafar y Beni bu Ifrur, aún manteniendo

una férrea vigilancia, eran mucho más pasivas que las dos primeras, no adoptando casi nunca una actitud belicosa. Era durante estos días cuando el Cuerpo de Ingenieros aprovechaba para efectuar las obras y reparos necesarios, pues era el único momento en que los operarios podían estar al descubierto con casi entera confianza.

El brigadier Santillana recordada en su memoria lo que durante siglos exigieron todos los gobernadores de Melilla: la existencia de un Bajá del campo, con plenos poderes del gobierno marroquí, y fuerza suficiente para impedir el permanente bloqueo de la plaza. En su defecto pedía el ingeniero conversaciones entre la plaza y los fronterizos para alcanzar un buen acuerdo de convivencia, como, ciertamente con poco éxito, se hizo en algunas épocas.

Armamento

Desde tiempo inmemorial el fronterizo utilizaba la vieja espingarda de cañón largo y culata corta. Procedente de la venta del armamento por parte de los desertores del ejército imperial, el posterior Aaskar, o de la fábrica de Tetuán, no era difícil ni costoso hacerse con arma de estas características, si bien su rendimiento era muy inferior al de las armas contemporáneas utilizadas ya por los ejércitos europeos. De un calibre muy pequeño, el rifleño hacía penetrar la bala redonda en el cañón rodeada de un poco de lana u hoja de palmito para ajustarla al calibre, siendo su alcance muy reducido y muy grande su desviación. Antes de introducir el proyectil lo mordía para origi-



Melilla, maqueta de 1847

narle puntas que hacían las heridas mucho más graves por desgarro.

A mediados del siglo XIX, y también procedentes del Aaskar o del contrabando de armas que comenzaba a extenderse por la costa rifeña, comenzaron a utilizarse los fusiles europeos de piedra de chispa de gran calibre, que ya estaban dejando de utilizarse en el viejo mundo,



Tienda en el Rif


cosa que alegró sobremanera a los mercaderes de armas que vieron una salida al obsoleto armamento.

El cambio sustancial en la calidad del fusil vino de la mano del remington, de 11 mm., de retrocarga, mucho más preciso y de mayor alcance, que promovió igualmente una gran contrabando de armamento en la costa marroquí, con orígenes diversos, entre ellos la costa del sur de España. Cuando se ocupó el campo aldeaño de Melilla, el combatiente rifleño utilizaba toda clase de armamento ligero, desde el antediluviano fusil de llave de pedernal de 1815, pasando por el remington (el qelata de los marroquíes), el Martini-Henry (el bu hofra), Peabody, el Winchester (el settachía) y finalmente, ya terminando el siglo, el mauser (el llamado jamasia, cinco cartuchos), cuyo elevado precio le hacía solo asequible a los más acomodados.

El combatiente rifleño

Muchos años de tensión entre plaza y campo, pero al mismo tiempo, en temporadas, de trato personal, habían dado, como consecuencia unas ideas sobre el enemigo secular que resultan curiosamente coincidentes entre los autores de memorias e informes.

Entre los aspectos que podríamos calificar de positivos estaban la de ser altos, bien formados, forzudos, ágiles y fuertes. Muy tenaces y firmes en la defensa de sus posiciones. Causaba admiración entre sus contrincantes su inaudito atrevimiento, sobre todo por parte de mazuzis y chikris. Poco antes de la llegada a Melilla del capitán Alvear habían destruido por dos veces la contraescarpa del fuerte de Santa Bárbara, y entrado incluso, en varias ocasiones, dentro de los huertos destruyendo los bancales de hortalizas, cortando árboles y arrancando viñedos. Los kabileños se establecían, con la mayor desfachatez, en la parte del foso que corría entre el fuerte del Carmen y el espigón de San Jorge, aprovechando la escasa guarnición de estos dos elementos defensivos, donde colocaban sus propios parapetos y la emprendían a pedradas con los soldados descuidados. El propio Alvear contaba que, cuando aquellas dos kabilas entraban de guardia, raro era el día que no hacían "alguna asonada". Para evitar sorpresas por estos puntos débiles se creó, a principios del XIX, la llamada Partida suelta de la Explanadas, que desde 1830 sería conocida como Partida de la Estacada, compuesta esencialmente por los confinados de condenas más cortas, dada la escasez crónica de la guarnición, partida que al Gobernador Rafael Delgado no le merecía mucha confianza en 1838, pues muchos aprovechaban la situación para desertar.



**Clínica
Melilla**


Su salud, nuestra vocación

Especialidades médicas:
Oftalmología
Neumología
Cirugía general
Neurocirugía
Neurología

Medicina de familia
Cuidados de enfermería
Acupuntura

Laborables:
mañana y tarde.

Sábados, domingos y festivos:
por los médicos



c/Carlos Ramírez de Arellano, 10

952.69.02.10